

Rossana Rossanda, la Política de Reconciliación Nacional y la oposición antifranquista

Rossana Rossanda, the Policy of National Reconciliation and the Francoist opposition

Manuel Guerrero Boldó

Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Rossana Rossanda regresó de su viaje clandestino a la España franquista con la firme convicción de que no iba a pasar nada que tuviera que ver con algún tipo de insurrección o levantamientos populares. El Partido Comunista de España (PCE) había asentado su cambio estratégico en la política de reconciliación nacional (PRN). Esta política encontró el suficiente sustento material en el ciclo huelguístico iniciado en Asturias y sus similitudes con la política nacional togliattiana practicada por el Partido Comunista Italiano (PCI) siempre fueron negadas. En este artículo se analiza, desde las trayectorias divergentes de estos partidos, las semejanzas significativas que tenían ambas políticas partiendo del trabajo realizado por la comunista italiana en su viaje a España y sus interpretaciones sobre el estado de la oposición antifranquista.

Palabras clave: Rossana Rossanda, 1962, Asturias, PCE, política de reconciliación nacional (PRN), PCI, oposición.

Abstract

Rossana Rossanda returned from his clandestine trip to Franco's Spain firmly believing that nothing would occur that had to do with some sort of insurrection or popular uprisings. The Communist Party of Spain (PCE) was immersed in a turn to moderation that resulted in the policy of national reconciliation (PRN). This policy found sufficient support in the strike cycle that began in Asturias, but its similarities with Togliatti's national policy were always denied. This article analyzes, from the point of view of the divergent trajectories of both parties, the meaningful similarities that both policies had, starting from the search done by the Italian communist on her trip to Spain and her interpretation of the status of the Francoist opposition.

Keywords: Rossana Rossanda, 1962, Asturias, PCE, policy of national reconciliation (PRN), PCI, opposition.

Introducción

«La caducidad de las certezas»^[1], en palabras de Rossana Rossanda, fue lo que significó, en gran medida, el periplo clandestino de la dirigente comunista italiana por la España franquista. En marzo de 1962 fue enviada a España para entrar en contacto con los miembros de una oposición fragmentada y abrirles las puertas de la Conferencia Internacional por la Libertad del Pueblo Español que estaba prevista para el mes de abril en Roma. Sin embargo, como señala en su autobiografía política o *Bildung*^[2] —como a ella le gusta definir esta obra suya—: «en aquel viaje perdí algunas de las categorías de las que había estado convencida»^[3]. Una de esas categorías teóricas convertidas en certezas que se tambalearon, fue el esquema antifascista adquirido en su etapa de la Resistencia, influida por lecturas como *Fascisme et grand capital* de Daniel Guérin.

No iba a encontrar una clase trabajadora antifranquista organizada capaz de terminar con la dictadura. Ni tampoco un poder monolítico o un fascismo «fragoroso» fácilmente reconocible. Por el contrario, se encontró con una oposición menor y dispersa, desmoralizada, y con un régimen camaleónico, que «ni se veía», en el que, sin embargo, percibía «cierto movimiento cauteloso» por parte de Manuel Fraga Iribarne hacia el exterior. Según Rossanda, «si alguien hablaba, no sería el pueblo»^[4]. Los comunistas españoles, además, venían del rotundo fracaso de la Huelga Nacional Pacífica de junio de 1959.

Rossana Rossanda, antes de viajar a España, conoció a Jorge Semprún en Florencia. La responsable cultural del Partido Comunista Italiano (PCI) frente al responsable en el Partido Comunista de España (PCE) del trabajo con la intelectualidad y la cultura en el interior. La importancia del elemento intelectual es vital para interpretar el viaje de la comunista italiana. Semprún, que era nieto del político conservador Antonio Maura e hijo del Encargado de Negocios de la embajada republicana en La Haya, se exilió al comenzar la Guerra Civil con el resto de su familia. Miembro del Partido Comunista de España desde 1942 y detenido como miembro de la Resistencia francesa en 1943, fue deportado al campo de concentración de Buchenwald hasta 1945. En 1962, cuando conoció a Rossanda, era miembro del Comité Ejecutivo del PCE y delegado clandestino del mismo en el interior con el nombre oficial, más tarde célebre, de Federico Sánchez. Los contactos que Semprún posibilitó a la agente secreto —como Rossanda se autodenomina con sorna— eran intelectuales comunistas como Armando López Salinas o Javier Pradera entre otros. Nombres que debía guardar en la memoria, ya que en Roma le habían advertido que nunca debía llevar consigo ninguna dirección, nombre, número de teléfono o nota escrita^[5].

También le hablaron mucho a Rossanda del filósofo Manuel Sacristán pero no pudo encontrarse con él: «El que no viera a la bambina [...] se debió en cambio solo a razones de precaución. Yo sabía que Federico [Jorge Semprún] quería que la viera, pero aquellos días estaban alternando el seguirme «atemorizador», para que yo lo viera, con el seguirme en serio [...], me di cuenta a unos 20 m. de la cita»^[6].

1.- Rossana Rossanda, *Un viaggio inutile o della politica come educazione sentimentale*, Milano, Bompiani, 1981, p. 6.

2.- Término alemán que hace referencia a la formación, al desarrollo personal y cultural. También se entiende como un desafío a las creencias adquiridas y un rechazo a lecturas universales, anteponiendo, así, la experiencia.

3.- Rossana Rossanda, *La muchacha del siglo pasado*, Madrid, Foca, 2008, p. 276.

4.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 277.

5.- Rossana Rossanda, *Un viaggio*, p. 9.

6.- «Comité de intelectuales democráticos» (abril de



Intervención de Rossana Rossanda en el congreso de *il manifesto* en 1974, junto a ella Eliseo Milani, Luciana Castellina y Lucio Magri (Fuente: *il manifesto*).

La realidad socioeconómica que encuentra la comunista italiana a su llegada a España es herencia de los cambios acaecidos en este país en 1957. Aquel año comenzó a reorganizarse la estructura de poder franquista, dando paso a lo que se ha denominado etapa tecnocrática por ser protagonizada por nuevas personalidades que no querían presentar como políticos «profesionales». Las tensiones entre las diferentes familias del régimen y el fracaso de la autarquía en el terreno económico, con el consecuente descontento creciente entre las clases populares, llevaron a que Franco decidiera formar un nuevo gobierno. La llamada etapa «azul» llegaba a su fin y con ello se confirmó la hegemonía ideológica del nacionalcatolicismo en detrimento del falangismo. Triunfaban las tesis católicas, tradicionales y monárquicas en el ámbito

1962), AHPCE, Fuerzas de la Cultura, caja 126, carpeta 1.5.

sociopolítico y cultural, y el liberalismo en el plano económico^[7], que culminarían con el Plan de Estabilización de 1959.

El cambio ministerial se produjo en febrero de 1957. Alberto Ullastres y Mariano Navarro Rubio, miembros del Opus Dei, se ocuparían de los Ministerios de Comercio y de Hacienda respectivamente. Laureano López Rodó, también opusdeísta, había entrado unos meses antes en la secretaría general técnica de la presidencia del gobierno. Se eligieron hombres interesados en la integración de España en la economía mundial, lo que supuso el fin de la política económica falangista^[8], la autarquía. Estos

7.- Para el enfrentamiento en el campo ideológico del franquismo, véase: Sara Prades Plaza, *España y su historia. La generación del 48*, Valencia, Universitat Jaume I, 2014; C. Molinero y P. Ysàs: *La anatomía del franquismo*, Barcelona, Crítica, 2008.

8.- Paul Preston, *Franco «Caudillo de España»*, Barcelona, De Bolsillo, 2004, p. 724.

tecnócratas de filiación opusdeísta compartían una visión radicalmente autoritaria del poder político que combinaban con el objetivo de modernizar el capitalismo español, pasando por su liberalización económica progresiva^[9]. Además, muchos de ellos, reunían requisitos que se consideraban indispensables en los años cincuenta: procedían del Movimiento y habían desempeñado distintos cargos en las instituciones estatales sin estar adscritos a ninguna familia ideológica ni tener vinculación con los políticos originarios a los que se pretendía apartar.

Este cambio de gobierno vino acompañado del Decreto-Ley de Reorganización de la Administración Central del Estado, que formalizaba la estructura autoritaria del régimen y abría el camino a la restauración de la monarquía. Tras la llegada de los tecnócratas al gobierno, continuaron e incluso aumentaron los problemas de inflación, deuda pública y desequilibrios en la balanza de pagos en gran medida heredados de la autarquía, lo que dio lugar a una nueva oleada de huelgas en este año 1957 por la presión constante sobre las condiciones de vida.

En el PCE, meses antes del citado cambio en la estructura de poder franquista, se iniciaba un viraje político nacido de la necesidad de conectar con amplios sectores de la sociedad española. Quedaría formalizado en la «Declaración del Partido Comunista de España por la reconciliación nacional». Se trataba del triunfo de las tesis de Santiago Carrillo y su grupo, que defendían el derrocamiento de Franco por medios pacíficos mediante la alianza de la clase trabajadora con otros grupos sociales y políticos. Con ello se abandonaba la consigna del Frente

Nacional Antifranquista^[10]. Esta nueva política se dio a conocer en el llamamiento del primero de mayo de 1956: «¡A los trabajadores! ¡A todos los españoles!»^[11]. El documento fundacional del cambio estratégico fue redactado por Santiago Carrillo y Fernando Claudín, que acababan de avanzar en la nueva jerarquía del PCE y lo dominarían de facto, pero la idea de la reconciliación nacional procede de Dolores Ibárruri, la secretaria general, en una de sus últimas aportaciones relevantes en el cargo^[12].

La política de reconciliación nacional (PRN) tenía como objetivo aprovechar la crisis económica de la autarquía, explotando el descontento de unas clases populares que, desde una interpretación horizontalista de alianza de clases, podría canalizarse hacia un cambio pacífico de régimen. Para ello se intentaría organizar protestas a nivel nacional con un contenido netamente político frente al espontaneísmo localista basado en reivindicaciones de tipo economicista de la etapa anterior. Pese a todo, Jorge Semprún, entre otros, advertía del peligro de confundir «reconciliación nacional» y «reconciliación de clase», desviando en un sentido oportunista los planteamientos del documento^[13].

El ejemplo del PCI y el «partido guía» de Moscú

La suma de actores políticos que aglutinaran unas demandas de interés nacional

9.- C. Molinero y P. Ysàs, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008, p.37.

10.- «Actas de la reunión del Buró Político del Comité Central del PCE» Bucarest, abril-mayo de 1956, s.l., 2 vols, AHPCE.

11.- «Llamamiento del PCE con motivo del 1 de mayo» 1956, *Documentos PCE*, carpeta 37, AHPCE.

12.- Rafael Cruz, «Pasionaria». Dolores Ibárruri, *Historia y Símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 183. Este hecho también es recogido por Felipe Nieto en *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Madrid, Tusquets, 2014, p. 295.

13.- Felipe Nieto, *La aventura comunista de Jorge Semprún*, Madrid, Tusquets, 2014, p. 314.

que fueran señaladas por un partido comunista representante de las mismas, tuvo su origen, en el comunismo occidental, en las tesis de Palmiro Togliatti en el PCI de los años cuarenta (tras el breve escarceo de los años treinta y aunque no se oficialicen hasta el VIII Congreso de ese partido en 1956), conocidas como *La vía italiana al socialismo*. Togliatti señalaba entonces en sus escritos que:

«La bandera de los intereses nacionales que el fascismo ha arrastrado por el fango y ha traicionado, es recogida por nosotros, que la hacemos nuestra. [...] daremos a la vida de la nación un nuevo contenido; un contenido que corresponda a las necesidades, a los intereses, a las aspiraciones de las masas del pueblo. [...] A la formación de un nuevo gobierno le hemos puesto, empero, tres condiciones. la primera de ellas es que no se rompa la unidad de las fuerzas democráticas y liberales antifascistas [...] La unidad es la mejor garantía de nuestra victoria. [...] Esta postura no va dirigida contra nadie y no excluye de la vida nacional a nadie, excepción de los traidores fascistas. A los monárquicos sinceros y honestos habrá que dárseles la posibilidad de presentarse a la Asamblea Constituyente en la medida del apoyo que hallen entre el electorado»^[14].

Las condiciones y las necesidades que el marco de la oposición democrática y las democracias occidentales imponían a los partidos comunistas, no podían ser ignoradas por el PCE si quería tener incidencia y alguna posibilidad de hegemonizar los cambios que estaban por venir. El centrismo y una incipiente transversalidad se imponían como estrategia y táctica para poder capitalizar los conflictos sociopolíticos. Togliatti

supo advertir esto y, además, garantizar la legitimidad de un conflicto entre capital y trabajo en los márgenes de la democracia parlamentaria para que no fuese neutralizado bajo la reconciliación de clases, o directamente negado. La propia Rossana Rossanda reconoce que:

«En 1970 le critiqué tanto [a Togliatti] como hoy le revalorizo, una vez aceptado que su objetivo no fue derribar el estado de cosas existente, sino garantizar la legitimidad del conflicto. No sé si llegó a pensar que se trataba de la mejor condición posible en Occidente, o que en aquel momento no se podía hacer otra cosa. Me inclino por la primera hipótesis [...] Había tiempo para crecer y elaborar avanzando paso a paso, pasos gramscianos, considerando en cualquier caso que los caídos en las guerras de posiciones son mucho menos numerosos que los de las guerras de movimientos»^[15].

Esta interpretación de una ya madura Rossanda, es muy sugerente respecto a aquellos obstáculos a los que también se tuvo que enfrentar el PCE durante la dictadura y en su posterior actuación como sujeto político en un contexto democrático parlamentario. Antonio Gramsci advirtió en su día que el ataque frontal o guerra de movimientos, en determinados momentos, podía ser solo causa de derrotas; pero también que la guerra de posiciones requería de una «inaudita concentración de hegemonía» y, para ello, un gobierno o partido de oposición, en este caso, «intervencionista» que sepa defenderla o conquistarla enfrentándose de forma abierta a sus adversarios políticos.

Cuando solo importan las posiciones decisivas en el tablero —señalaba Gramsci—, «entonces se pasa a la guerra de cerco [de

14.- Palmiro Togliatti, *La vía italiana al socialismo*, Barcelona, Ediciones Torres, 1976, pp. 42-57. La cursiva es mía.

15.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 269.

posiciones], comprimida, difícil, en la cual se requieren cualidades excepcionales de paciencia y espíritu de intervención»^[16]. Es decir, un proceso por el que el grupo dominado debía incrementar su presencia en las instituciones en un contexto democrático parlamentario como el italiano, o bien, desde la clandestinidad, una batalla sostenida, en el caso del PCE, para intentar alterar la correlación de fuerzas en su lucha contra la dictadura.

Los pasitos gramscianos a los que se refiere Rossanda requerían también astucia y de cierta influencia o legitimidad en el vértice de las formaciones políticas. Si trasladamos la tesis gramsciana al caso del partido español, observamos que el PCE no tenía influencia en el espacio de las direcciones del resto de partidos que formaban el arco de la oposición al franquismo. Esto es una cuestión fundamental para comprender las diferentes actuaciones protagonizadas por el PCI y el PCE, las cuales vienen condicionadas por las trayectorias distintas en su materialización en la lucha contra el fascismo. El PCI, desde una hegemonía política en amplios sectores poblacionales, conquistada en la Resistencia, que resultó clave en la derrota del fascismo italiano y su aliado invasor: el nazismo. Lo que además le proporcionó un prestigio y legitimidad para encarar la vida parlamentaria. El PCE, por el contrario, fue derrotado en su lucha contra el fascismo y sufrió un aislamiento político consecuente al fracaso en la Guerra Civil, del que no le ayudó a salir la línea política adoptada en los años siguientes, muy agresiva con el resto de partidos antifranquistas.

16.- Antonio Gramsci, *Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán*, Madrid, Akal, 2013, p. 262. Para una mayor profundización del esquema gramsciano, véase: Antonio Gramsci, *Quaderni del carcere*. Torino, Einaudi, 1975 y Giuseppe Vacca, *Vita e pensieri di Antonio Gramsci (1926-1937)*, Torino, Einaudi, 2012.

La PRN era por su apertura al diálogo con otras formaciones políticas, su vocación nacional y el viraje al centro, una estrategia muy similar a la llevada a cabo por el PCI. Eran trayectorias distintas pero con un objetivo común: tener una incidencia significativa el tránsito a la democracia y en su consolidación.

Paolo Spriano destaca que en el proceso de construcción democrático italiano en la segunda mitad de los años cuarenta, el PCI, mediante la llamada «*svolta di Salerno*», dejó de lado la ambición hegemónica (apoyada en la experiencia yugoslava), fundamentada en el valor transformador, en sentido institucional, de las formas de autogobierno de las masas, por la preeminencia ahora de las «exigencias nacionales de liberación y de reconstrucción» como proponería Togliatti. Un planteamiento unitario a todos los niveles del arco político que aspiraba insitucionalizarse, desde socialistas a democristianos, pero siempre «en primer lugar *desde las direcciones de estos partidos*»^[17]. Los citados pasitos gramscianos y su interpretación togliattiana.

Conseguir ser un adversario fiable con el que se ha de contar para construir la democracia en España, era una tarea que el PCE tenía pendiente, más allá del peso residual que pudieran tener el resto de alternativas políticas en el interior a finales de los años cincuenta. El vértice de las formaciones políticas y no solo sus bases y las clases populares, era también un sector clave en el que obtener un papel influyente en una reconstrucción nacional pacífica. Para ello el PCE debía abandonar sus posiciones provenientes de los tiempos de la derrota en la guerra, para intentar tener relevancia en todo el espacio político. Lo cual, para una materialización exitosa de esta estrategia,

17.- Paolo Spriano, *Storia del Partito comunista italiano*, Vol. VIII, par. 2, Torino, Einaudi, 1975, p. 526. La cursiva es mía.

se iba a mostrar como un desafío a medio y largo plazo que pondría en cuestión el «subjetivismo» y el voluntarismo carrillista plasmado en el «jornadismo».

Santiago Carrillo, sin embargo, siempre ha negado que existiese tal influencia del PCI y las tesis de Togliatti en la línea política que el PCE llevó a cabo a partir de 1956. Apoyándose en Giorgio Amendola, negaría, muchos años después (en el año 2000), la similitud entre las políticas de unidad nacional de PCI y PCE, aunque lo cierto es que existen paralelismos entre ambas.

Carrillo fundamentaba su postura en una condena, a posteriori, de la incipiente y brevísima experiencia de la política de «reconciliación nacional» que el PCI expuso y que corrigió rápidamente en la segunda mitad de los años treinta. Consideraba Carrillo que la política de «reconciliación nacional» del Partido italiano no pudo adoptarse de manera más inoportuna, cuando comenzaba la guerra civil antifascista en España. En el punto en el que el enfrentamiento irreconciliable entre fascismo y antifascismo se convertía ya en una realidad a escala mundial^[18]. Esta línea —como hemos dicho— terminó por modificarse y finalmente los italianos participaron en las Brigadas Internacionales, siendo Togliatti, además, el máximo responsable de la Internacional Comunista en España y el PCE, bajo los seudónimos de Alfredo o Ercoli. En cualquier caso, la idea de formar un frente amplio de oposición antifascista en el que se incluyera una oposición decepcionada con el fascismo y otros sectores de la derecha, continuó en la cabeza de Togliatti y terminó por ponerla en práctica en Italia, con la construcción de un partido nacional^[19].

18.- Santiago Carrillo, *¿Ha muerto el comunismo?*, Barcelona, Plaza Janés, 2000, pp. 157.

19.- Véase: Palmiro Togliatti, *La vía italiana al socialismo*, Barcelona, Ediciones Torres, 1976. ; Paolo Spriano, *Storia*

Pese a que Carrillo afirme, también, que cuando adoptaron la línea política de reconciliación nacional en 1956, todavía no conocía el breve episodio de mediados de los años treinta que anunciaba ya la posterior estrategia del PCI, eso no implica que el dirigente español desconociese la línea política que practicaba el PCI desde hacía una década. Que era, en su concepción, muy similar a aquella embrionaria de los años treinta.

Para entender mejor la evolución del PCE, no se ha de pasar por alto, además, los cambios que se estaban desarrollando en la URSS. Tras la muerte de Stalin en 1953, se puso punto y final a la etapa de las purgas, se liberó a un millón de prisioneros del Gulag, se normalizaron las relaciones exteriores con Occidente, se suavizó la represión y comenzó la «desrusificación» de los líderes de los países del bloque socialista.

En febrero de 1956 se celebró el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), donde Krushev presentó el conocido como «informe secreto», en el que denunciaba algunos de los crímenes cometidos por Stalin y sus acólitos y se condenaba paralelamente el culto a la personalidad. Este acontecimiento terminó agitando a los partidos comunistas de todo el mundo. En el citado congreso se expuso también la doctrina de la «coexistencia pacífica». Un giro en la política exterior soviética que ya había comenzado en mayo 1955 con la firma del «Tratado de amistad, cooperación y defensa mutua», y el abandono de la tesis estalinista de la inevitabilidad de la guerra mundial. Son representativos de este viraje, en diciembre de 1955, los viajes de Krushev y Bulganin a India, Birmania, Afganistán o la reconciliación con Yugosla-

del Partido comunista italiano, Vol. VIII, par. 2, Torino, Einaudi, 1975. y Francesco Benvenuti, *La vía italiana al socialismo attraverso i congressi del Partito Comunista Italiano (1956-1964)*, Vol. III, Edizioni del Calendario, 1985.



V Congreso del PCE, celebrado en Bucarest en 1954 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

via en un esfuerzo por el establecimiento de relaciones amistosas^[20].

En el V congreso del PCE celebrado en Praga en noviembre de 1954, Carrillo ya advertía que «la red del PCE debía extenderse aún más en busca de aliados contra Franco, a la vez que el partido tenía que aceptar el hecho de que no había posibilidad de retornar a 1936»^[21]. Se pretendía superar la concepción del Frente Amplio de Fuerzas Democráticas, sostenida por los dirigentes provenientes de la Guerra Civil, que pretendía el restablecimiento de la República. La interpretación que hacía Carrillo de la realidad española estaba influida por los cuadros que operaban en el interior.

20.- Josep Fontana, *Por el bien del imperio: una historia del mundo desde 1945*, Barcelona, Pasado & Presente, 2013, p. 201.

21.- Paul Preston, «Eurocomunismo, estadio superior del estalinismo. La democratización del Partido Comunista de España», *Estudis d'Historia contemporania del País Valencià*, 9 (1991), pp. 139-173, esp. p. 151.

Los «jóvenes» del PCE (Santiago Carrillo, Fernando Claudín, Ignacio Gallego o Jorge Semprún) entendían que la dirección en el exilio, encabezada por Vicente Uribe, estaba perdiendo el contacto con la situación del interior; por ello querían centrar sus esfuerzos en realidad actual española, situar el marco de análisis en lo concreto y abandonar cuestiones de principio y formulaciones de carácter más abstracto. La apropiación de la realidad española por parte de los «jóvenes», era un objetivo central de cara a hegemonizar el Partido y poder tener alguna incidencia en la coyuntura del interior^[22].

Fue a finales de 1955 cuando se materializó la ruptura entre los «jóvenes» y los «viejos» que significó el cambio de rumbo del PCE plasmado en la PRN. El telón de

22.- Facundo Tomás Ferré, «El Partido Comunista de España y la primera formulación de la Reconciliación Nacional», *Estudis d'Historia contemporania del País Valencià*, 2 (1981), pp. 291-323, esp. p. 315

fondo fueron las diferentes interpretaciones que hicieron los «jóvenes» y la vieja guardia del Politburó respecto al ingreso de España en la ONU con el voto favorable de la Unión Soviética. La reacción de Carrillo, Claudín y Semprún fue positiva. Veían una clara coherencia con la política de coexistencia pacífica impulsada por Krushev tras la muerte de Stalin. Por otro lado, la vieja guardia del Politburó, sin llegar a enjuiciar a la URSS, fue muy crítica con la admisión en la ONU de la España franquista a través de Radio España Independiente, la emisora del partido. Existían en la vieja guardia sentimientos de decepción y resentimiento evidentes por lo que consideraban una traición a la «legalidad republicana». Esto revelaba una rígida mentalidad de exiliado, frente a las posiciones notablemente más flexibles y pragmáticas del grupo de los «jóvenes»^[23].

Pasionaria, en un principio opuesta a los «jóvenes», cambió de posición tras acceder al informe secreto de Krushev y llegó a considerar que los planteamientos de Claudín y Carrillo no se encontraban en sintonía con la nueva línea política del Kremlin^[24].

Las tesis de Santiago Carrillo, que se convertirían en la PRN, sintonizaban con el XX congreso del PCUS celebrado en febrero de 1956 y fueron favorecidas por éste. Seguramente, apoyándose en la experiencia de este congreso, Carrillo llevó a cabo, también, su papel de purificador del PCE en lo que se refiere al culto a la personalidad y, de paso, encontrar el chivo expiatorio que le permitiese avanzar en la jerarquía del partido. Fue Vicente Uribe, según Carrillo, quien representaba entonces «los errores más graves, los mayores excesos, por su soberbia, fatuidad, incapacidad y desconocimiento de la situación española»^[25].

Los meses siguientes al XX Congreso del PCUS fueron difíciles para el movimiento comunista internacional. Al trauma ocasionado por las revelaciones del informe secreto, se unió la feroz represión llevada a cabo en Poznan (Polonia) en junio tras una manifestación obrera, y las revueltas de la clase trabajadora húngara en Budapest en octubre. Además, el 20 de junio de 1956, el Secretario General del PCI había ido más lejos en su crítica a la URSS en unas declaraciones publicadas en la revista *Nuovi Argomenti*^[26], que agravaron la conmoción en la se hallaba el mundo comunista. Togliatti profundizó en la crítica al estalinismo, cuestionó la noción de partido comunista y señaló la corresponsabilidad de todo el grupo dirigente soviético en los crímenes estalinistas y las violaciones de la legalidad socialista. El Secretario General del PCI deslizaba la siguiente reflexión, en la que ampliaba el campo de las responsabilidades:

«[...] mientras que nos limitemos en sustancia a denunciar los defectos personales de Stalin como causa de todo, permanecemos en el ámbito del «culto a la personalidad». Antes, todo lo bueno se debía a las sobrehumanas cualidades positivas de un hombre. Ahora, todo el mal se atribuye a sus defectos igualmente excepcionales e incluso asombrosos. Tanto en un caso como en otro estamos fuera del criterio de juicio propio del marxismo. Desaparecen los problemas verdaderos, que son el modo y el porqué la sociedad soviética pudo alcanzar y alcanzó ciertas formas de alejamiento de la vía democrática y de la legalidad que se había trazado, alcanzando incluso la degeneración»^[27].

23.- Paul Preston, «Eurocomunismo, estadio», p. 153.

24.- Paul Preston, «Eurocomunismo, estadio», p. 154.

25.- Felipe Nieto, *La aventura comunista*, p. 292.

26.- Trad. Castellana en Palmiro Togliatti, *Escritos políticos*, México, Era, 1971.

27.- Palmiro Togliatti, «Domande sullo stalinismo», *Nuovi Argomenti*, 20 (1956), pp. 125-126.

Estas críticas y reflexiones de Togliatti vertidas sobre el PCUS y las conciencias del resto de partidos comunistas, fueron respondidas desde el PCE con una manifestación de adhesión y lealtad a la URSS en forma de ataques a Togliatti (sin nombrarle) y a su línea política, pero centrándose exclusivamente en lo que se conoció como policentrismo^[28]. Ni una sola mención, eso sí, a la política de unidad nacional llevada a cabo por el PCI y que era muy similar a las tesis de Carrillo concretadas en la Reconciliación Nacional que en estos momentos iba a aprobar el PCE. Para ello, Santiago Carrillo se sirvió de las páginas de *Mundo Obrero* en enero de 1957:

«La característica número 1 de ese llamado ‘comunismo nacional’, es el antisovietismo militante y la lucha contra el internacionalismo proletario y los partidos comunistas que defienden ese principio. Se trata de un arma contra el sistema socialista mundial para provocar su disgregación y descomposición; de un arma para dividir el movimiento comunista y obrero mundial. El llamado «comunismo nacional» no existe materialmente en parte alguna, porque no puede existir un comunismo antisoviético y anticomunista. [...] Si en algún partido, las desviaciones del marxismo-leninismo toman cuerpo, se desarrollan y en vez de ser corregidas terminan por cristalizar y caracterizar una política ese partido —mientras no sobrevenga la corrección— puede alejarse del comunismo; en ningún caso formar una corriente especial dentro del movimiento comunista. [...] Ir por otro ca-

mino, por el camino de negar el papel de la URSS y el Partido Comunista de la Unión Soviética [...] sería tanto como alejarse de las posiciones de clase del proletariado, de las posiciones del marxismo-leninismo»^[29].

En resumen: *Amicus Plato sed magis amica veritas*^[30], y la *veritas* para Santiago Carrillo y el PCE se encontraba en el PCUS. Pese a las semejanzas entre la política adoptada desde el 56 por el PCE y el PCI, fuera de España «existían dos cosas más o menos indiscutibles: que la URSS seguía teniendo razón siempre y que el PCI era un foco de revisionistas emuladores de los yugoslavos de otras épocas»^[31]. Todavía no había llegado el momento de identificarse con el PCI.

Dolores Ibárruri, por su parte, recurría a Lenin (¿?) en mayo de 1957 para legitimar y justificar el viraje nacional del PCE:

«Aprendiendo de Lenin nos orientamos en la lucha contra el actual régimen, a establecer alianzas y compromisos incluso con fuerzas que son nuestras antípodas, y aunque nuestros aliados sean inestables, vacilantes y poco seguros. [...] El mantenimiento de las alianzas que pueden establecerse en la lucha contra el franquismo, puede ser prolongado más allá de esta etapa; pero esto ya no dependerá solo de nosotros, sino de la disposición de otras fuerzas a llevar hacia adelante la democratización de nuestro país»^[32].

Los virajes ideológicos fueron una constante en la dirección del PCE, y Santiago Carrillo no fue una excepción. En el interior

28.- Esta tesis togliattiana proponía que cada partido pudiera escoger su vía más apropiada al socialismo. Vías nacionales al socialismo frente a la teoría del partido guía representado por el PCUS; lo que suponía una mayor autonomía política para los partidos comunistas y que, por tanto, existiera más de un centro de dirección. De ahí policentrismo.

29.- Santiago Carrillo, «Redoblar la lucha en el terreno ideológico», *Mundo Obrero* (enero de 1957), p.3.

30.- Platón es mi amigo, pero soy más amigo de la verdad.

31.- Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del PCE (1935-1985)*, Barcelona, Planeta, 1986, p.310

32.- Dolores Ibárruri, «Breves consideraciones sobre la política del partido», *Nuestra Bandera*, 16 (1957), pp. 4-5.

debían derrotar al dogmatismo, sin embargo, en el plano internacional, el enemigo era el revisionismo. No podía existir tal influencia del PCI. Paradójicamente, ya en 2006, a ojos de Santiago Carrillo, el PCE fue uno de los partidos que llegó más lejos en su crítica al estalinismo hasta el punto de que —destaca Carrillo— «en aquel año 1956 se nos hizo sentir que nuestra desconsideración hacia el que muchos consideraban el partido guía, no gustaba, diciéndonos que la expresión reconciliación nacional encajaba mal con los escritos de Lenin»^[33].

En esta declaración hay una parte que rescatar: el término «reconciliación nacional», no solo no encajaba con los escritos de Lenin sino que el líder bolchevique —como bien recuerda Gregorio Morán— había insultado gravemente a los mencheviques en su día por utilizar un léxico similar. Una muestra ilustrativa de hasta qué punto seguía siendo el PCUS el partido guía para el PCE en los cincuenta, fueron las dificultades que encontraron los dirigentes del PCE para presentar su giro político a los soviéticos en las reuniones que mantuvieron con estos, sin que la terminología se asemejase demasiado a aquella que Lenin denostó en su día^[34].

En aquellos meses de 1956 —señala Rossanda— «se hizo pedazos la idea de los comunistas y de la URSS como uña y carne»^[35]. En este clima se celebró en Roma el VIII Congreso del PCI de los días 8 al 13 de diciembre. El 9 de diciembre de 1956, *L'Unità* recogía la intervención de Togliatti del día anterior, pronunciada en el VIII Congreso. Tras una referencia obligada al XX Congreso del PCUS, Togliatti sintetizaba la «vía italiana al socialismo»:

«Renovar quiere decir determinar con la mayor claridad los fundamentos y el contenido de la acción que en Italia llevamos a cabo por la democracia, por la paz y por el socialismo; quiere decir subrayar el carácter nacional y democrático de nuestro partido; quiere decir eliminar cualquier forma abierta o encubierta de resistencia a esta línea de acción y a este carácter y a su traducción en la práctica cotidiana; quiere decir romper y destruir cualquier incrustación burocrática y el esquematismo organizativo que limita o deforma la relación con la clase trabajadora, comprimiendo la vida interior del partido e impidiendo su desarrollo»^[36].

El terreno de la democratización del Estado, así como las reivindicaciones y las luchas en el trabajo, la transformación de las estructuras y el objetivo común de la preservación de la paz, eran ámbitos —como señaló Rossanda en su intervención como delegada de la Federación de Milán en este congreso— que la clase trabajadora debía conectar, y poner en movimiento a otros sectores sociales en la alianza estratégica de clases. Había que conjugar estos espacios de lucha para que la clase trabajadora ampliase su temática política y la unificase en una sola acción que culminase en la transformación del Estado. Ésta era la interpretación que hacía Rossanda de la vía italiana al socialismo^[37]. «De esta suerte, a finales de 1956, el tema del VIII congreso fue qué PCI [buscaban], en vez de qué URSS»^[38].

33.- Santiago Carrillo, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 2006, p. 495.

34.- Gregorio Morán, *Miseria y Grandeza*, p. 277.

35.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 211

36.- Palmiro Togliatti, «Il testo integrale della relazione di Togliatti all'VIII Congresso del PCI», *L'Unità* (9 de diciembre de 1956), p.2.

37.- «Rossana Rossanda, delegata di Milano» (diciembre de 1956), VIII Congresso Nazionale del PCI, MF. 442, FIG, APCI.

38.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p.229

La Huelga Nacional Pacífica y el «optimismo de la voluntad»

Tras el fracaso de la Jornada de Reconciliación Nacional (JRN), organizada por el PCE en solitario y que no provocó ningún efecto destacable en la actividad económica ni de agitación en las calles, Carrillo expresó en el pleno ampliado del Comité Central celebrado en la República Democrática Alemana (RDA) que todo marchaba según lo esperado y que la JRN había sido un éxito que abría el camino a la jornada definitiva: la Huelga Nacional Pacífica (HNP).

Dolores Ibárruri reflexionaba sobre la JRN en *Nuestra Bandera* concluyendo que ésta había mostrado, «en su organización y desarrollo, al mismo tiempo que la debilidad del régimen, las enormes posibilidades que existen en el país para una lucha de masas de carácter nacional contra la dictadura»^[39]. A este intento de movilización, además, hay que añadirle la novedad que supuso el apoyo de dos formaciones antifranquistas del interior: el Frente de Liberación Popular (FLP) y la Agrupación Socialista Universitaria (ASU). Eran dos organizaciones de nuevo tipo, no insertas en las líneas divisorias de los partidos tradicionales. La ASU era una reducida vanguardia estudiantil proveniente de las primeras movilizaciones estudiantiles de 1956. El FLP, por su parte, surgió del catolicismo progresista, abarcando dos sectores, el universitario y el obrero. Esto para el PCE supuso salir del total aislamiento y, además, contar con la complicidad de sectores de la juventud que comenzaban a acercarse a la política. Ambas organizaciones constituyeron una escuela de cuadros para partidos de la izquierda como el propio PCE y el PSOE.

Sin embargo para los intelectuales, la

experiencia de la JRN, había sido un rotundo fracaso. Manuel Sacristán consideraba que el origen del mismo se encontraba en:

«deficiencias de la idea de reconciliación nacional. La idea de reconciliación nacional es eminentemente política y en esa formulación resulta seguramente adecuado el trato con los demás partidos, pero no para ser presentada a la masa obrera. Pensamos ahora (es decir, no se nos ocurría antes) que quizás sea excesivo pedir al proletariado «reconciliación» con la burguesía, y que acaso sea incluso un exceso que supone una falta de seriedad ideológica»^[40].

El uso del concepto reconciliación nacional, además, era considerado un tanto confuso y problemático para una clase obrera que se creía preparada para tomar la iniciativa, como ya había intuido Semprún. Las valoraciones de la intelectualidad del PCE, contrastaban con el triunfalismo de la dirección.

Con la HNP, como quedó claro en un comunicado del Buró Político ante la negativa de la cúpula del PSOE a colaborar con el PCE (negativa de Rodolfo Llopis publicada en *El Socialista* el 2 de abril de 1959), se pretendía crear esa «lucha de clases de carácter nacional»:

«un carácter muy amplio abarcando no sólo a la clase obrera, sino a a todas las clases y capas lesionadas por la política del general Franco. Serviría para protestar contra la corrupción reinante en las esferas de gobierno; contra la política económica de la dictadura y la carestía de la vida. Para reclamar un aumento general de salarios, la amnistía

39.- Dolores Ibárruri, «El plebiscito nacional contra la dictadura franquista», *Nuestra Bandera*, 21 (1958), p. 8.9.

40.- «Carta de José Luis (M. Sacristán)», 15 de mayo de 1958, Fondo PSUC, jacq. 997, AHPCE. Las cursivas pertenecen al original. Citado en Giaime Pala: *Cultura clandestina: los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016, p. 36.

para presos y exiliados y el alejamiento del poder del general Franco»^[41].

Las demandas eran las mismas que en la JRN, de naturaleza explícitamente política, las que en buena medida habían sido la causa del fracaso de la anterior convocatoria. Para terminar de imprimirle ese carácter nacional que incluyese al conjunto del pueblo en la jornada, se hizo un llamamiento a las Fuerzas Armadas en el que se invitaba «a los generales, jefes, oficiales y suboficiales de los ejércitos de tierra mar y aire» porque los militares tenían la posibilidad de «hacer saber al pueblo español y al dictador que ellos conciben el Ejército como una institución al servicio de la Patria y no de un hombre y no están dispuestos a ser el brazo armado de un régimen enfrentado a un país entero»^[42]. En general era una llamada a los trabajadores de la ciudad y el campo y a los españoles de todas las tendencias^[43].

La preparación de la huelga (convocada finalmente para el 18 de junio) se cuidó especialmente en Madrid, ya que la trascendencia que pudiera alcanzar en la capital, sería mucho mayor que en otras zonas. Para ello se envió a Fernando Claudín para reforzar el apoyo al grupo dirigente de la capital que estaba formado por Julián Grimau, Francisco Romero Marín, Simón Sánchez Montero y Jorge Semprún. Pese al fallo de la JRN y a las señales negativas que pudieran llegar desde el interior, Carrillo siguió adelante con el plan, ya que lo realmente importante era la propaganda por el

hecho^[44]. El dirigente comunista pretendía mostrar a las masas el camino para llegar a la solución democrática.

El 18 de junio resultó que no ocurrió, una vez más, nada significativo en las calles ni en las fábricas, nada relevante en la actividad económica del país. El PCE se encontraba ante un nuevo fracaso que Santiago Carrillo convirtió en una campaña propagandística para rentabilizar el duro revés: «subrayamos la gran agitación política de masas realizada, que ha permitido llevar nuestras consignas a millones de españoles, cosa que con el ritmo normal hubiera tomado meses o, más bien, años»^[45].

Rodolfo Llopis, en las páginas de *El Socialista*, atizaba al PCE señalando que la huelga había sido un fracaso total a la que ni siquiera habían ido los comunistas y que por ello «había que suponer que en España hay más comunistas de los que fueron a la huelga del 18 de junio»^[46].

En agosto se dio a conocer la declaración del buró político del Partido sobre la HNP. En ésta se consideraba que tildar de fracaso la HNP respondía a una propaganda mentirosa que pretendía desmoralizar al conjunto del pueblo. Más allá de estos juicios, sostiene el documento, había que «esforzarse por percibir la verdad». La verdad era, según el buró político, que «ha sido un paso de siete leguas hacia la liquidación de la dictadura del general Franco»^[47].

Sin embargo, una vez más, la intelectualidad discreparía con la visión triunfalista de la dirección. Javier Pradera, el primero y el más crítico de los intelectuales comu-

41.- «Comunicado del Buró Político de Partido Comunista de España», 15 de abril de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

42.- «A los generales, jefes, oficiales y suboficiales de los ejércitos de tierra mar y aire», abril de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

43.- «¡Trabajadores de la ciudad y del campo! ¡Españoles de todas las tendencias!», 1 de mayo de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

44.- Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas: la política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, p. 85.

45.- Gregorio Morán, *Miseria y grandeza*, p. 329.

46.- Rodolfo Llopis, «El fracaso de una operación comunista», *El Socialista* (25 de junio de 1959), p.1.

47.- «Declaración del Partido Comunista de España sobre la Huelga Nacional», 1 de agosto de 1959, *Documentos PCE*, carpeta 40, AHPCE.

nistas, le confesó a Rossana Rossanda, tres años más tarde, que:

«fue un fracaso tremendo. Fracasó. Fracasó. [...] Aquella mañana me levanté temprano y salí de casa. A contemplar la ciudad inmóvil, cerrada, que se negaba a moverse. Pero vi un empleado que abría la tienda. Luego abrieron todas las demás. Una tras otra, como siempre. Luego vi pasar un autobús. Todos los autobuses funcionaban. Todas las oficinas. Todas las fábricas. Excepto los nuestros, que quedaron aislados, asustados, trabajó todo el mundo...»^[48].

El PSUC tampoco obvió los evidentes fracasos de la JRN y de la HNP. En octubre de 1960, su Comité Ejecutivo declaraba que:

«la vaga nacional no es podrà convocar mentre no s'obtingui un cert grau de desenrotllament de les accions parcials de masses. La principal tasca dels comunistes és, per consegüent, l'organització de les lluites reivindicatives, polítiques i econòmiques, de caràcter parcial. Però, ensems, cada comunista ha de propagar des d'ara la perspectiva de la vaga i la necessitat de preparar-la a cada lloc sense esperar l'anunci del dia, que cadascú ha de contribuir a propagar»^[49].

La lectura que hacían los comunistas catalanes se basaba en el evidente descenso de la conflictividad social acaecido desde 1958 y que duraría hasta 1962. Ante el fracaso del «jornadismo», el PSUC apostaba por concentrarse en acciones parciales para crear las condiciones necesarias y su-

ficientes que posibilitaran la convocatoria de una huelga de carácter nacional con más garantías. La represión, el Plan de Estabilización (que supuso un empeoramiento de las condiciones materiales de la clase trabajadora) y la emigración a Europa de una parte importante de los cuadros obreros mejor cualificados que protagonizaron los conflictos laborales del período anterior, habían condicionado enormemente el éxito de la estrategia del PCE.

Asturias y el «pesimismo de la inteligencia»

«No tengo idea de por qué me eligieron, evidentemente confiaban en mi lealtad y en mi capacidad de establecer relaciones con las fuerzas políticas españolas. [...] El PCI no lo quiso hacer público porque, entre otras cosas, podía parecer una injerencia del mismo en la línea de PCE»^[50]. Esto último, concluye Rossanda, pudo ser la razón por la que el Partido la eligió para su viaje clandestino a España en marzo de 1962. Alguien que podía pasar desapercibida y que el PCE, a su vez, no vería como una amenaza, para la delicada tarea de examinar la situación política española y establecer puentes con la oposición antifranquista.

Días después de su vuelta a Italia, Rossanda le diría a Giancarlo Pajetta^[51] que «no iba a pasar nada» en España, ya que había percibido al país como «adormecido o enmudecido», y «nadie habría intentado un levantamiento, ni aún teniendo la certeza de la victoria»^[52]. Sin embargo, semanas más tarde, en abril de 1962, las huelgas de Asturias supusieron unas movilizaciones sin paragón en la dictadura, «[...] por su du-

48.- Rossana Rossanda, *Un viaggio*, p. 39.

49.- «És possible posar fi a la dictadura del general Franco», Declaración del CE del PSUC, 31 de octubre de 1960, Fons PSUC, caja 54, ANC. Citado en Xavier Domènech: *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, La Catarata, 2008, p. 75.

50.- Entrevista a Rossana Rossanda (octubre de 2015).

51.- Uno de los miembros más respetados en el PCI tras la II Guerra Mundial. Miembro del Secretariado Nacional a partir de 1948.

52.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, pp. 277-279.

ración y combatividad, representaron el techo más alto de la clase obrera en su lucha contra la dictadura»^[53]. La comunista italiana se había encontrado con una militancia desmoralizada que trabajaba con una clase obrera como la de Barcelona, que se hallaba segregada residencialmente y no conocía la tradición sindicalista catalana. Es preciso señalar que en 1965, solo un 40% de la población activa podía recordar la Guerra Civil, y un porcentaje aún menor había participado en la experiencia del sindicalismo o del asociacionismo^[54].

El aumento de la productividad y la congelación salarial, fueron medidas del Plan de Estabilización (citado más arriba) que incrementaron una conflictividad laboral que ya se inició en 1957-1958. Se reclamaba, desde el PCE, un aumento de salarios, un incremento de las primas de producción que se evaluaba en un 100% o 120% de lo establecido hasta la fecha. Por su parte, las direcciones de las empresas se mostraban intransigentes o bien exigían un aumento de la productividad y postergar para entonces las negociaciones^[55]. Más allá de las negociaciones de convenios colectivos, la solidaridad con el conflicto asturiano y la reivindicación de un salario mínimo a nivel de empresa (un tema central en el desarrollo del movimiento obrero desde 1956) fueron elementos cruciales en el ciclo huelguístico iniciado en 1962^[56]. La reivindicación del salario mínimo, además, tuvo un papel protagonista durante los debates

53.- Gregorio Morán, *Miseria y grandeza*, p. 352.

54.- Sebastián Balfour, *La dictadura, los trabajadores y la ciudad. El movimiento obrero en el área metropolitana de Barcelona (1939-1988)*, Valencia, Edicions Alfons El Magnànim, 1994, pp. 76-77.

55.- «Carta de Carlos», Asturias, julio de 1961, Nacionalidades y Regiones: Asturias, Jacq. 63, AHPCE.

56.- Xavier Domènech, *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 50-51.



Dibujo de Pablo Picasso dedicado a las movilizaciones de los mineros asturianos, 1963 (Fuente: *Arte y Solidaridad*).

desarrollados en el marco del II Congreso Sindical celebrado en Madrid en marzo de 1962. El origen laboral de las huelgas no era óbice para que adquirieran una dimensión política por el simple hecho de llevarse a cabo, ya que la legislación franquista prohibía explícitamente las huelgas. En base a esto, suspender o ralentizar la producción se interpretaba como un cuestionamiento de un poder fundamentado en el principio de autoridad^[57]. Una autoridad paternalista sustentada en el sindicalismo vertical que en ningún caso era un interlocutor real de la clase trabajadora, y que se envolvía en el discurso de la «hermandad cristiana y fa-

57.- Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, TREA, 2002, p. 66.

langista» superador de la lucha de clases^[58].

El trabajo lento para disminuir considerablemente la producción, la negativa para hacer horas extras o acuerdos para paralizar parcial o totalmente el trabajo, fueron algunas de las acciones de protesta de los mineros que se fueron extendiendo solidariamente por el territorio asturiano, hasta rebasarlo y alcanzar el País Vasco, paralelamente con un incremento de la represión. El 4 de mayo de 1962, el Gobierno decretó el estado de excepción en Asturias^[59], Vizcaya y Guipúzcoa; una decisión que no consiguió contener una protesta, ya de carácter nacional, que alcanzó a las fábricas andaluzas, leonesas, gallegas o catalanas. En total, entre abril y mayo, se movilizaron alrededor de 300.000 trabajadores en 28 provincias^[60].

Rossana Rossanda, debido a sus «angustias definitorias» y a las limitaciones propias de un viaje de ni siquiera un mes de duración, no percibió ningún indicio de lo que ocurriría apenas días después de su vuelta a Italia. Se guió por el abatimiento y el pesimismo de algunos militantes e intelectuales que conformaban una oposición débil y fragmentada. La comunista italiana señala que no pudo captar el estado de ánimo de España en un solo viaje^[61], como es lógico. Sin embargo, si algo pudo captar fue eso: estados de ánimo, pero de una militancia y una intelectualidad deprimida que restringía inevitablemente el marco de su análisis. La naturaleza del viaje condicionó

58.- C. Molinero y P. Ysàs, *La anatomía*, p. 66.

59.- Sobre la naturaleza de la conflictividad socio-laboral en el ciclo 1956-1962, véase: R. Vega, *Las huelgas de 1962: hay una luz en Asturias* y *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional: el camino que marcaba Asturias*, Gijón, TREA, 2002; X. Domènech: *Clase obrera, antifranquismo y cambio político. Pequeños grandes cambios, 1956-1969*, Madrid, La Catarata, 2008.

60.- Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas*, pp. 117-118.

61.- Entrevista a Rossana Rossanda (julio de 2015).

enormemente su estudio de campo y aquello fue lo que trascendió en sus notas y en sus informes. Ni siquiera se encontró con el optimismo voluntarista de los comunistas, «algunos apenas acababan de salir de la cárcel y todos estaban fuera de sí porque la HNP [...] no había tenido ningún éxito, es más, había sido un completo fracaso»^[62]. Pese a ello, la comunista milanese entusiasmó con su labor a Manuel Sacristán que, aunque no pudo reunirse con ella, como se ha señalado anteriormente, comentaba a partir de referencias que seguramente recibió de *Sebastián* (Josep Solé Barberà, abogado y miembro del PSUC) o de su esposa Giulia Adinolfi que «la acción de la *bambina* ha sido eficazísima [...] los ha deslumbrado [a los miembros de la oposición con los que se reunió] por su cultura y por su valentía, que muchos de ellos no tienen a pesar de ser hombres barbudos»^[63].

Santiago Carrillo, tras el movimiento huelguístico acaecido, se felicitaba porque estos hechos venían a «corroborar», una vez más, la justeza de la línea política y la táctica del Partido, e iba más lejos: «no pecábamos de subjetivismo al afirmar que el fracaso histórico del régimen franquista es ya un hecho»^[64].

El PCE fue protagonista prolongando y expandiendo el conflicto gracias a su actividad propagandística y militante, y a la creación y desarrollo de las Comisiones Obreras. No hay que olvidar el esfuerzo llevado a cabo por el PCE también en el ámbito universitario, para obtener la solidaridad de un sector que contribuyó a dar un alto

62.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 277.

63.- «Carta de Andreu (M. Sacristán)», París, 25 de abril de 1962, APFV. Citado en Andreu Mayayo I Artal: *Josep Solé Barberà, abogado. La voz del PSUC*, Barcelona, RBA, 2008, p.198.

64.- Santiago Carrillo, «La clase obrera ha abierto el camino hacia la solución del problema político español», *Mundo Obrero* (junio de 1962), p.2.

contenido político a las huelgas organizando manifestaciones. En estas, los estudiantes de Madrid, como destacaba Semprún en las páginas de *Mundo Obrero*:

«lanzaron en la calle, frente a la policía [...] una consigna resonante y certera: «Asturias, sí; Opus no». En pocas palabras se resumían así los objetivos fundamentales de la oposición universitaria democrática. «Asturias, sí», simbolizaba la solidaridad de los universitarios con las masas populares, con la clase obrera; la comprensión de que es preciso fundir cada vez más estrechamente la lucha de obreros y estudiantes en acciones generales contra la dictadura. «Opus, no», resumía la repulsa de un sistema de opresión, de privilegios y prebendas, de radical ineficacia histórica; representaba, en suma, la condena de la dictadura»^[65].

Sin embargo, la solución al «problema político español» no se encontraba cerca y estaba por ver cuál iba a ser el papel de la clase obrera. El optimismo voluntarista de la dirección del PCE en el periodo analizado contrasta con el pesimismo de los testimonios recogidos por Rossanda y la propia visión de ésta de la realidad sociopolítica española. Las dudas políticas de la intelectualidad del PCE procedían en gran medida de la Jornada fallida de 1958, y su baja moral fue registrada por la responsable cultural del PCI^[66]. Además, como creyó observar, el nacionalismo vasco, Esquerra Republicana (ERC), PSOE, UGT o CNT eran prácticamente inexistentes. La comunista italiana concluyó que el PCE, pese a todo, era la única fuerza política estructurada

65.- Federico Sánchez, «Ante nuevas acciones universitarias», *Mundo Obrero* (1 de octubre de 1962), p. 3. Citado en Rubén Vega García (coord.), *Las huelgas de 1962 en España y su repercusión internacional*, Gijón, TREA, 2002, p. 67.

66.- Giaime Pala, *Cultura clandestina: los intelectuales del PSUC bajo el franquismo*, Granada, Comares, 2016, p. 72.

de la oposición y también percibió, a lo sumo, un «embrión» de partidos católicos con Gil Robles y Giménez Fernández como representantes, una nueva generación que se interesaba por hacer política (Frente de Liberación Popular) y lo que parecía el surgimiento de un nuevo movimiento sindical compuesto por unas incipientes Comisiones Obreras, la Hermandad Obrera de Acción Católica (HOAC) y la Juventud Obrera Cristiana (JOC)^[67]. Sin embargo, con los ojos puestos en la Conferencia Internacional por la Libertad del Pueblo Español, que sería donde se suponía que participaría el grueso de la oposición antifranquista, la reunión más fructífera para la dirigente comunista milanese y el PSUC fue la mantenida con Esquerra Republicana. Como destacaba Josep Solé Barberà, que asistió al encuentro con Rossanda:

«no solamente poseían (Esquerra) una información acerca de la Conferencia superior a todos (nosotros incluidos) sino que manifestaron un interés excepcional acerca de la misma. [Además] al final de la conversación y después de preguntarnos a quiénes habíamos visto y consultado, ofrecieron una entrevista con la CNT [...] En la imposibilidad de ver a Andreu [Manuel Sacristán], tomé la responsabilidad de documentar a la «bambina» sobre lo que esto representaba y cuál era el papel que debíamos adoptar, ya que a última hora, la reunión se acordó con la dirección, de que no asistiera a la misma yo, y que la «bambina» fuera sola con los de Esquerra [Josep Andreu Abelló]. La reunión fue un éxito, ya que aparte, hacer constar, con un cierto tono de amargura, que no siempre habían recibido un trato cordial por parte de algunas de las personas que figuraban en la primera lista de figu-

67.- Juan Pablo Fusi, *Espacios de libertad: la cultura española y la recuperación de la democracia (c. 1960-c. 1990)*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2015, p. 66.

rantes en la Conferencia (Dolores y Longo, especialmente), declararon solemnemente que había llegado la hora de una unión sin exclusivas y que ésta era inconcebible sin nosotros. Dijeron a la «bambina» [...] que se habían dado cuenta de su aislamiento entre la masa obrera y que ello era consecuencia de que en el ánimo de sus compañeros había cuajado la idea de que sin la unión de todos era inútil cualquier esperanza»^[68].

El Movimiento Socialista Catalán (MSC), el Front Nacional de Catalunya (FNC), ERC y la CNT mostraron su predisposición, tras la ronda de reuniones, de participar en la conferencia con el deseo de comenzar a llevar a cabo una colaboración entre las distintas formaciones políticas que desembocase en una acción conjunta. Los democristianos, por su parte, que ya habían informado de su apoyo a la iniciativa, condicionaron su asistencia a la presencia de José María Gil Robles. Pese a los resultados positivos logrados en su viaje por parte de la comunista italiana y corroborando la impresión pesimista de ésta, conocemos el testimonio de Mario Palermo. Abogado y miembro del PCI, en calidad de representante del movimiento *Solidarietà Democratica*^[69], en mayo de 1962, se encontraba en Madrid asistiendo como observador a un proceso judicial contra cinco estudiantes socialistas imputados por propaganda antifranquista. En el informe sobre su paso por Madrid, Palermo señala que la situación en la capital era normal, que no observó ninguna repercusión de las fuertes huelgas

de abril en Asturias. Pese a que Armando López Salinas le había dicho que hacía 12 días que los obreros de 4 fábricas estaban en huelga, la ciudad —dice Palermo— estaba repleta de extranjeros, sobretodo americanos, y los hoteles completos. Palermo, además, destaca un hecho curioso en su informe: «la facilidad con la que se circula en el Ministerio de Exteriores, situado en la Plaza Santa Cruz, en un gran palacio que he visitado con las mencionadas compañeras [Josefina Arrillaga (socialista) y María Luisa Suárez Roldán (comunista), las dos únicas mujeres que llegaron a militar en el Secretariado de Abogados de UGT, en estos momentos ya extinto] sin que ningún agente o guardia civil se haya detenido mientras caminábamos por los pasillos que daban a las oficinas»^[70].

En Madrid, el ciclo huelguístico iniciado en Asturias no generó conflictos en oleada o cascada. El escaso seguimiento que tuvo la cadena huelguística en Madrid, ayuda a entender las impresiones que Mario Palermo dejó escritas en su informe. La agencia de prensa UPI, en un despacho fechado el 27 de mayo de 1962 arroja datos reveladores sobre el número de trabajadores que se encontraban en huelga en los principales centros industriales del país: Asturias: 30000, Vizcaya: Entre 15000 y 20000, Barcelona: 15000, Madrid: 1500, repartidos entre Renfe y la metalurgia^[71].

Más allá del caso concreto de Madrid, seguramente condicionado por el particular desarrollo de su industria y su clase obrera, diferentes fuentes hablan de un número total de huelguistas en todo el país que oscila entre los 165000 y el medio millón desde el mes de abril a junio de 1962. Este acontecimiento supuso un hito en las rela-

68.- «Carta de Sebastián (Josep Solé Barberà)», abril de 1962, Fondos PSUC, jacq. 1056, AHPCE.

69.- El Comité de Solidaridad Democrática o Solidaridad Democrática, fue constituido en Italia por iniciativa del PCI tras el atentado sufrido por Palmiro Togliatti en julio de 1948. Este movimiento defendía las libertades democráticas y prestaba asistencia legal y sustento material a los ex partisanos afectados por detenciones por su lucha contra el fascismo en la posguerra.

70.- «Relazione viaggio a Madrid», Roma, 3 de junio de 1962, Spagna, MF. 503, pp. 247-251, FIG, APCI.

71.- José Babiano Mora, *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI, 1995, p. 236.

ciones laborales desde Guerra Civil e inició un «ciclo de conflictividad ascendente» que continuaría hasta el final del franquismo^[72]. Pese a todo, Rossana Rossanda, más de dos décadas después de su primer viaje a España, se reafirmó en su interpretación original. En su regreso a Madrid se angustió porque el fascismo —dice— pudo transitar hacia la democracia sin demasiados traumas. Así pues, podía suceder también lo contrario^[73]. Esto inquietó especialmente a la intelectual italiana, ya que implicaba ciertas variables que no se encontraban en su «organización mental». La ausencia de una ruptura radical con la dictadura, en la que hubieran sido protagonistas las clases populares, desafió a su esquema teórico. Pero éste es otro tema que habrá que estudiar en su contexto.

Conclusión

En el PCE existían dos sectores muy diferenciados en su interpretación de la PRN. La dirección del Partido, como se ha podido observar, estaba convencida de que la coyuntura histórica era una prueba en sí misma del acierto de la implementación de esta estrategia. Los resultados, entonces, tenían que ser adaptados necesariamente y no podían desmentir a la «realidad». El sector crítico, la militancia intelectual fundamentalmente, tras contrastar con los resultados políticos el desacierto de la PRN, contrariamente a lo que la dirección proclamaba, consideraba que la formulación política de la «reconciliación» con la burguesía no era la adecuada para ser presentada a la clase trabajadora en un contexto de dictadura.

Pese a existir unas semejanzas significativas con la «vía italiana al socialismo» de Togliatti, esta política se estaba intentan-

do desarrollar en unas condiciones socio-políticas diametralmente opuestas al caso italiano. La tesis del líder del PCI nació de la conocida «*Svolta di Salerno*» (1944) para conjugar conflicto social y política institucional en un incipiente escenario democrático-parlamentario, y así construir un partido de masas capaz de generar mayorías sociales y electorales garantizando la legitimidad del conflicto entre capital y trabajo. Al llevar a cabo la comparativa entre las estrategias del PCI y el PCE, además de encontrar las similitudes entre ambas que contextualizan y proporcionan contenido a la PRN, nos damos cuenta de cómo los entornos sociopolíticos disímiles lastraron al partido español. Unas consignas eminentemente políticas lanzadas con la aspiración de una alianza interclasista que derrotase al franquismo, eran objetivos demasiado optimistas para un partido que no lograba conectar ni siquiera con el vértice del conjunto de las formaciones políticas antifranquistas.

El viaje de Rossana Rossanda a España en 1962, funciona como un hilo conductor que desvela a cada paso las contradicciones a las que la dirección del PCE se enfrentó en el terreno de la estrategia política. Las reuniones de la comunista italiana con la oposición antifranquista nos muestran un evidente desfase entre el entusiasmo voluntarista de Santiago Carrillo y la lectura que el resto de las formaciones políticas y la propia intelectualidad del PCE hacían del estado de salud de la dictadura. Así como del nivel de implicación y concienciación que la clase trabajadora podría disponer en el momento de plantear una estrategia que pretendía un levantamiento popular masivo contra la dictadura. La intelectualidad militante, que es capaz también de permanecer como un observador crítico del medio que le rodea, manteniendo cierta distancia que le permite una mayor amplitud

72.- José Babiano Mora, *Emigrantes*, p.233.

73.- Rossana Rossanda, *La muchacha*, p. 279.

de miras, se nos muestra como un factor de contrapeso frente al triunfalismo de la dirección. Rossana Rossanda posee la condición de un observador crítico especial por ser una intelectual perteneciente al PCI, el partido en cierto modo inspirador de la PRN. Aglutinar unas demandas de interés nacional a través de una coalición antifranquista que abarcase desde cualquier formación política marcadamente antifascista y de izquierda a liberales o sectores de la derecha decepcionados con el franquismo, eran los planteamientos de un partido que aspiraba a ser nacional, tal y como lo era el PCI.

Los intelectuales no eran tenidos en cuenta desde la dirección para diseñar la

línea política pese a que, en los años 60', el PCE ya se estaba intelectualizando gracias, en gran medida, al atractivo que el partido despertaba entre aquel sector en un contexto de dictadura y a otros factores como la estrategia de captación que se estaba llevando a cabo con Semprún al frente. Los intelectuales, pese a todo, no eran protagonistas en la elaboración programática del Partido, no se aprovecharon orgánicamente en este sentido, ya que la dirección se creía autosuficiente en el plano ideológico. En dicho escenario se comenzaron a fraguar unas contradicciones que tendrían gran trascendencia a corto plazo para el PCE, las cuales fueron observadas y analizadas por la comunista italiana.